

Se trata de un país contrastivo donde hay palmeras cantoras, orquídeas y hombres torturados; donde el código de la ciudad es el de signos de peligro y sólo puede enfrentarse con un cántaro de ron adentro. La mayor amenaza es que este país oscuro transgrede sus límites y atenta contra el país de la ensoñación poética: “Y cuando llega la noche o entro en el sueño como un tren que me saca de un país oscuro, pienso si algún oculto guardián decidiera aplicarme la ley de fuga de los sueños” (*Lista negra*, P.S. 15). Y de esta violencia hay culpables; el poeta, como un demente profético, los hace objeto de su ironía y su desprecio. Ya en *Señal de cuervos* se había pronunciado contra ellos, puesto que son los “tranquilos”, los “pulcros caballeros” quienes instauran el reinado del miedo (*Flor del*

La referencia a Colombia o a Beirut o, extendiendo el espectro), a cualquier historia de terror actual, es una constante en esta obra. Aun cuando la denuncia es una de sus características, tal hecho no afecta la calidad de los poemas; el tono documental y panfletario se anula tanto por la capacidad de metaforizar la realidad, de transformarla poéticamente y conferirle una entidad autónoma, como por el tipo de búsqueda que emprende el yo lírico. Este intenta rescatar los rasgos míticos y vivos de este país gobernado por muertos; trata de rescatar a los ausentes —los *otros* muertos—; quiere salvar a la poesía, preservar de la ruina al país secreto. El movimiento de rescate se evidencia en la posición que asume el yo lírico frente a su expresión: ella es una forma de llamado, incluso algunos de los poemas suponen un interlocutor implícito. La poesía es un mensaje de S.O.S. que, pese al tono desesperanzado, continúa emitiéndose: *Carta del incierto, Botellas de naufrago, Carta en el buzón del viento, Una carta rumbo a Gales.*

Al iniciarse esta reseña se hizo referencia a los dos espacios que hasta acá se han explorado. A ellos corresponden también dos tipos de discurso que se entrelazan en los poemas. El uno, fluye por los cauces del discurso oficial represivo y se advierte en la sola enumeración de los títulos de algunos poemas: *Toque de queda*, *Lista negra*, *Parte de guerra*. El otro,

Existe también en la presencia femenina un refugio donde el poeta busca amparo; este miembro de una generación “provisoria y desgarrada” acude a ella para mitigar el temor de su siglo: “para vencer el miedo, mujer, mejor que un talismán está tu voz, el caserío de tu voz al que acudo en plena noche” (*De la mujer que lava el agua*, P.S. 77). El poeta, animal saeteado, busca nutrirse de fuentes positivas que le mantengan vivo para proteger su territorio de sueños, su país secreto.

ALICIA FAJARDO M.

“Mil y una sonrisas”

Relatos de tierra fría
Enrique Caballero Escobar.
El Ancora, Bogotá, 1981, 127 págs.

En un país donde los alegatos jurídicos, la violencia, los problemas tributarios y la inalterabilidad del poder parecen ser el propósito nacional, Enrique Caballero Escobar ha preferido quebrantar ese destino exorci-

zándolo con las mil y una sonrisas y satisfacciones que produce la escritura de una buena obra literaria.

Conocido en el ámbito cultural colombiano como economista, abogado, historiador, dibujante, ensayista, novelista y experto en música barroca, ahora nos entrega un delicioso libro publicado por El Ancora Editores: *Relatos de tierra fría*.

La aparición de esta obra de ficción está precedida de una considerable producción literaria, a cuya cabeza está el libro *El mesías de Handel*, que ha batido una marca editorial con sus dieciséis ediciones. Otras de sus publicaciones son: *De la inseminación artificial en política*, *América, una equivocación* y un texto de gran reputación académica: *Historia económica de Colombia*.

Aunque no es posible establecer normas y reglas que jerarquicen el valor y el dominio del oficio en los géneros literarios, sí es posible hacer resaltar que la escritura de un cuento requiere de un manejo y economía del lenguaje muy precisos; la creación de esa especie de *gap* que a de sorprender al lector no es favorecida con las múltiples posibilidades que tiene la novela, y su sorpresiva aparición forma parte de la habilidad con que debe contar un buen narrador. Cuando se habla de esto, aparecen más claras las razones para leer el último libro de Caballero Escobar. De su relato surgen una serie de subproductos elaborados por ese proceso de creación que se sucede después que el lector se convierte en cómplice del autor, en la elaboración de un nuevo producto que a veces logra salir del anonimato al constituirse en el proceso ilimitado de la socialización de una obra. Esos subproductos han hecho de la obra de Caballero Escobar una de las más comentadas en los círculos literarios.

Leyendo a Enrique Caballero aflora un placentero gusto literario, atribuido a la acertada utilización de la cultura del autor puesta al servicio de la unidad entre forma y contenido, que, como en el caso del primer relato, *El veraneante solitario*, sirve para crear el suspenso sobre la verdadera identidad de los personajes.

Quienes son aficionados a la historia económica y social de Colombia encontrarán en *Relatos de tierra fría* la síntesis de esa especie de faltantes que los textos convencionales sobre aspectos históricos no acogen, y que en esta obra van apareciendo en forma de vida, de cotidianidad, pero ante todo de malicia, de crítica y de humor. Lo suyo no es la utopía, ni la historia de los grandes eventos; lo suyo es la certidumbre de quien recrea el devenir de la sociedad y es testigo de que éste se repite mucho más como farsa que como tragedia. Porque al fin de cuentas, como lo anota el propio autor, "eso lo sabe cualquiera. Pero lo que se han venido olvidando —porque desgraciadamente no existe una Academia de la leyenda, complementaria de la de Historia— son esas amables crónicas que circulaban antaño por alcobas, sacristías, cuartos de costura, zaguanes y campamentos".

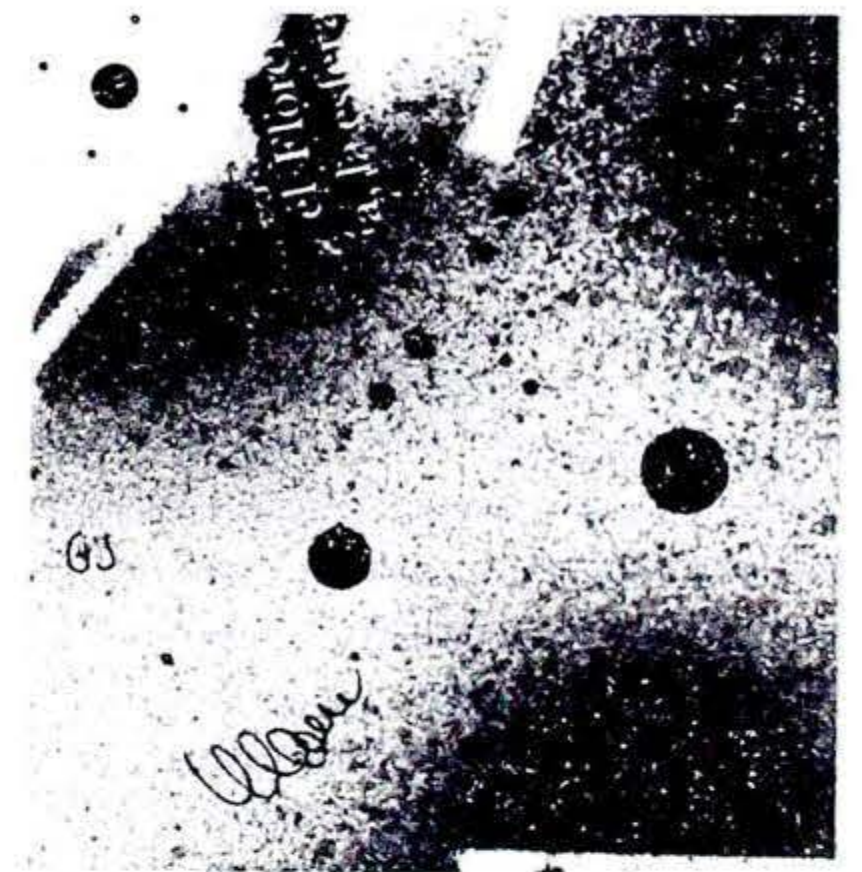
El conocimiento extraliterario, histórico, sociológico y económico no obra en la producción de este autor como el elemento determinante de un producto sobrecargado de contenido, sino que más bien es utilizado como materia prima para producir el deleite del discurso que le cambia de rostro al desencanto del pasado, al producir esa nueva situación referida al presente, que es el texto literario de los relatos que le dan vida a "algo que se venía olvidando".

Al leer la obra de Enrique Caballero Escobar, es imposible dejar de pensar en las características de este autor, porque de sus escritos se escapan datos que su propio discurso no puede disimular: "Yo, definitivamente soy un animal de páramo. Desde muy niño me enseñaron mis tías que sudar es un acto de mala educación", comenta uno de los personajes que dan fuerza a los relatos en mención. Tal vez esos *Relatos de tierra fría* remitan no a un espacio geográfico propiamente, sino a un espacio más simbólico que ha moldeado la elegancia estilística de Enrique Caballero: ese sabor romántico que deja la lectura de *El veraneante solitario*, *Los Bomporti* o la magnífica síntesis sobre el ocaso del mundo aristocrático y señorial, que el autor hace al introducir la voz de un narrador en *Clorinda de*

Andalucía, nos prueban que quien escribe, de ninguna manera es un aficionado a la contemplación estética, sino más bien alguien que en el momento actual es algo así como "un ave rara" que exhibe a través de su estilo una aristocracia del espíritu que recrea el pasado. Esta cualidad tiene un contraste en la obra del autor, y es la de hacer explotar la tradición en mil pedazos de risa y de malicia, ejerciendo así una especie de "anarquía señorial" (abusando del término) que convierte sus escritos en verdadero deleite literario.

Sería de lamentar el hecho de que los estereotipos que a veces se constituyen sobre la literatura priven a muchos lectores de divertirse con esta obra de un autor que se ha atrevido a emprender una gran aventura en esta época: ser un individuo con ideas y estilo propio.

MANUEL RESTREPO YUSTI



Pedro, Pedro y Pedro

Los tres Pedros en la red de Inés de Hinojosa
Temístocles Avella Mendoza,
Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1987,
138 págs.

"Dios nos libre, señores, cuando una mujer se determina y pierde la vergüenza y el temor a Dios, porque no